

MUJERES DEL 1.001: ¡HASTA QUE LA VIDA NOS SEPARE!



El Proceso número 1.001/72, que la opinión pública ha sacado del anonimato de los archivos, se recordará como nubarrón que pasa de largo sin descargar, permitiéndonos ver un cielo que se tornaba dudosamente azul. Ciento y pico de años quitados de encima. ¡Como para nacer de nuevo!

A nuestras páginas hemos traído las impresiones de unos seres para los que el 24 de junio de 1972 comenzó la cuenta atrás de un lanzamiento sin día fijo. Hoy viven para contarlos, para contar los ciento y más años que la justicia suprema borró. Pero hay años que dejan huellas y la libertad no nos libera de lo que su pérdida ocasionó, no nos devuelve los que pudieron ser dichosos años de jóvenes familias, matrimonios que un día oyeron decir: "Hasta que la muerte os separe", sin suponer que sería la vida misma, vamos: los hombres, los que se encargarían de adelantar la separación...

Del rostro de Leonor Mendoza, mujer de Fernando Soto, la alegría de lo acontecido el pasado mes de febrero no ha logrado borrar la profunda huella que muchos días de angustia y soledad han ido marcándole. Sin otra dieta que el sufrimiento, ha perdido más de diez kilos.

Hoy resulta menos ingrato recordar un día del mes de junio de 1972, cuando lo Policía detenía a Fernando, en Pozuelo de Alarcón.

L. I. R.—¿Dónde te encontrabas en aquella ocasión?

LEONOR.—Estaba en mi casa, en la barriada de La Oliva. Vino Luz María, la mujer de Paquito Acosta, a decirnos que los habían detenido.

—¿Te sorprendió la noticia?

—Naturalmente. Y ello a pesar de que ya he pasado por el trance de verlo marchar a prisión. La pri-

mera vez creo que fue un primero de mayo...

Se queda pensativa. La memoria materna la sitúa en el tiempo.

—Aquel año mi niño, hoy ya mocho de nueve años, tenía uno. Así que quitando ocho años a 1975...

—¿Que le dijiste a tus hijos?

—Al principio no me atreví a decirles la verdad. Les hice creer que estaba trabajando fuera. Pero el pequeño, que tenía entonces dos años me preguntaba constantemente por él, porque Fernando es muy cariñoso y me ayudaba mucho en el cuidado de nuestros hijos. Pero comprendí que tarde o temprano debían saberlo, así que poquito a poco se lo fui diciendo.

—¿Y cómo reaccionaron?

—Mi mayor, que tiene doce años, es un niño con muchos sentimientos y se echaba a llorar, levantándonos a todos el alma. La niña es más dura y me contestaba: «No lloro, porque las lágrimas no van a sacar a mi padre de donde está.» El pequeño, parece increíble que recuerde sus dos años, cuando su padre —como él dice— le llevaba al campo a coger caracoles. A nadie, ni en el colegio, ocultan dónde se encuentra su padre. ¡Están muy orgullosos de él!

—¿Cómo acogieron los vecinos la noticia?

—La gente preguntaba por él. Y yo no les ocultaba nada. Ahora se han volcado y me abrazan cuando me ven y me dicen que tienen ganas de conocerlo. Que les avise de su regreso para ir a esperarle.

—Cuando leiste los dieciocho años y pico de la sentencia del TOP, ¿pensaste en tan larga ausencia?

—Nunca creí que mi marido llegase a estar tanto tiempo encarcelado. ¿Qué había hecho para ello?

Así que tenía esperanza. Hoy, en cambio he encajado muy malamente la buena noticia y se me ha bajado la tensión. ¿Pero es posible que no pueda con las cosas buenas?

—Durante estos dos últimos años, ¿has visto con regularidad a tu marido?

—Hemos ido todos los meses, gracias a la ayuda de muchos amigos que nos han llevado en sus coches. Últimamente estuve tres días seguidos, media hora cada día, pues a Fernando le han operado de una her-

Fernando que no nos han olvidado en ningún momento.

—¿Tú trabajas?

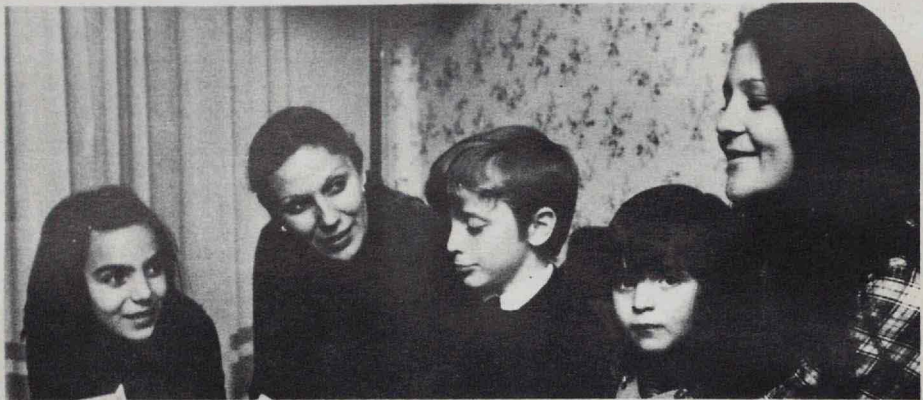
—No. Aparte de mi salud, más bien achacosa, los niños me han absorbido todo el tiempo. Especialmente el pequeño, al que he sacado adelante con gran esfuerzo, pues se ha criado muy débil.

En lo que sí hemos trabajado mucho es en la preocupación y la batalla diaria para sacar a nuestros maridos de la cárcel, visitando a mucha gente, escribiendo muchas cartas. En fin.

con ello se gana dinero... de sus lecturas... que no son las habituales, dado que en las revistas del cotilleo no se acuerdan de su marido...

Tiene esperanza. Su mayor ilusión, nos cuenta, sería pasar la Semana Santa en Sevilla con su marido. Su hijo, el pequeño, espera, mientras tanto, poder volver al campo a coger caracoles en compañía de su padre.

Carmen Ciria, la mujer de Eduardo Saborido, también sabe de arrestos, detenciones, multas, éxodos de su marido a Madrid, porque en Se-



nia y estuvo quince días en la enfermería. Pude permanecer esos tres días junto a su lecho.

—En las visitas ordinarias, ¿también os habéis podido abrazar?

—No. Los veinte minutos que dura cada visita hemos de vernos a través de una reja y dos plásticos con agujeritos. Al hablar todos en una misma sala no hay dios que entiendan lo que se dice y por ello hay que hablar a grito pelao. Cuando te das cuenta tocan el timbre y todo el mundo debe salir pitando. A los niños sí se les permite estar junto al padre.

—Durante ese tiempo, ¿cómo te has bandeado para mantener la economía de la casa?

—Yo soy hija única. Mi padre trabaja en el muelle y me ha ayudado mucho. También mi suegro y desde luego los compañeros de trabajo de

—¿Y qué tal la acogida por parte de la gente?

—Hemos visitado a muchas autoridades, escrito a todos los ministerios. En general han sido muy atentos. Igualmente nos han acogido muy bien personas de toda clase social, abogados, médicos, catedráticos, periodistas...

—La víspera del quince de febrero último, cuando todos esperábamos la sentencia del Supremo, ¿qué tal dormistes?

—Pues mira, pude dormir. Gracias a una pastilla para los nervios que me recetó el médico, al que fui creyendo que me encontraba enferma de cuidado.

Seguimos hablando de muy diversas cosas: del llamado Año de la Mujer, de sus hijos, uno de los cuales quiere ser no sabe si antropólogo o algo parecido, preguntándonos si

villa le era imposible la existencia. Su ánimo se ha visto reconfortado y sus ojos han perdido años y han ganado brillo. Junto a nosotros, recuerda los últimos tiempos.

L. I. R.—¿Dónde vives?

CARMEN.—En el Tiro de Línea.

—¿Cómo te llegó la noticia de la detención de tu marido?

—Me enteré a los dos días, por un compañero de trabajo de Eduardo. Yo lo esperaba un sábado por la noche.

—¿Y no te extrañó la tardanza?

—Bueno. Realmente no. Desde hace tiempo Eduardo hubo de marchar a trabajar a Madrid, pues desde que comenzó a padecer arrestos, multas, cárceles, persecución, cada vez que era puesto en libertad e intentaba encontrar trabajo, al dar su nombre parecía ser el demonio en persona quien se presentaba. ¿Cómo

vivir así y mantener a nuestros tres hijos? Decidí entonces marchar a Madrid y allí trabajaba como administrativo en oficinas de abogados. De vez en cuando venía a vernos. Por eso yo, aquella noche, que era sábado, le esperaba de Madrid. Al no venir, supuse que habría demorado el viaje.

Lo que no imaginaba Carmen era que la demora iba a prolongarse hasta el día de hoy.

—¿Qué se te ocurrió decirle a tus hijos?

—Desde el primer momento he procurado ser consciente y muy objetiva con ellos. Como no era la primera vez que detenían a mi marido... Comprendo que era duro para ellos, e incluso sentía temor al pensar que no asimilaran la situación, dado sus pocos años.

Entonces el pequeño tenía nueve meses. De los tres años que hoy tiene, apenas cinco meses los ha vivido con su padre.

Al verme sufrir y llorar yo les hacía ver que no era su padre el causante, que él no me hacía sufrir. Por eso, a su padre le tienen por un dios.

—¿Qué situación se te ha creado últimamente, a raíz de la detención de tu marido en 1972?

—Económicamente me he podido mantener gracias a la ayuda de mi padre, que está ya jubilado. Soy modista de profesión y últimamente he cogido de nuevo costura de la calle. Pero el principal trabajo de estos últimos años ha sido el constante batallar para conseguir que pusieran en libertad a mi marido y a sus compañeros.

—Cuando tuviste noticia de la sentencia del TOP que condenaba a Eduardo a veinte años de prisión, ¿pensastes que se cumplirían?

—Yo particularmente no creía nunca que llegasen a durar. Pero los niños sí creyeron que ya no iban a ver más a su padre. Y lloraban mucho. Pero últimamente las cosas parecen haber cambiado de un año a esta parte. De todos modos los tres años de cárcel me han parecido seis.

—¿Cómo viviste los días de febrero, a la espera de la decisiva sentencia del Supremo?

—La víspera no dormí. Estuve pegada al televisor y mi pequeño me

preguntaba: «¿Es que mene papá?». Ahora que la noche que supe lo de Acosta dormí aún menos. Aquello lo superé todo.

... muestra una gran entereza. La salida de Paco Acosta le ha traído nuevos bríos. Seguimos hablando, de sus lecturas, del futuro de sus hijos, uno que le vuelve loco el fútbol y otro que quiere ser —menuda carrerita— político.

—¿Qué te parece el divorcio?

—A mí me parece bien. A mi marido también, aunque cuando me escribe, dice: «Eso no se ha hecho ni para ti ni para mí.» Aunque yo no lo quiera para mí, pienso que debería existir, pues dos personas que no se quieren, mal podrían convivir. Además, los hijos pagarían el pato de todos modos: con divorcio o sin él.

Y no para de hablar. Lo que más siente es no haber visto la salida de



Acosta, como un torero por la puerta grande. Pero la libertad de Paco Acosta le ha parecido el despertar de un sueño. Y como en los sueños, ha vuelto a cerrar sus ojos. ¡Tal vez mañana, Eduardo...!

La tez morena, menuda y bonita, ojos oscuros/mis, Luz María —no la relamida Lucecita— refleja en sus labios una firmeza de carácter no frecuente a su edad. Nacida en Bellavista, casó hace cinco años con Francisco Acosta, también sevillano, de la Puerta Osario. A los tres días de la luna de miel son ambos detenidos en Madrid. Ella, las setenta y dos horas de rigor. El, un mes. A ambos se les acusó de asociación ilícita. No tienen hijos.

L. I. R.—¿Cuántos meses en total has vivido hasta hoy con tu marido?

LUZ MARÍA.—No habrán llegado a dos años en total.

—¿Cómo te enteraste de que tu marido había sido puesto en libertad?

—Estábamos en las Salesas, esperando la sentencia y todos nos encontrábamos muy nerviosos. Estábamos esperando desde las nueve y media de la mañana del sábado día 15. Se rumoreó que a lo mejor hasta el lunes no darían la noticia. Pero a las once y cuarto entró Carrasco, abogado madrileño, y nos informó. Entonces los reunidos nos abrazamos de alegría. Se nos fueron acercando secretarios de diferentes Juzgados, oficiales, bedeles, y nos felicitaban. Fue un momento muy emocionante.

—¿Esperabais una sentencia tal como se dio?

—Sinceramente no. Nadie lo esperaba. Estábamos desprevenidos y quedamos un tanto anonadados.

—¿Qué hicisteis a continuación?

—Marchamos a Carabanchel en coche, con Josefina Camacho y un primo de Nicolás Sartorius, también abogado. Al llegar éramos al principio unas veintitrés personas y nos permitieron pasar al interior del patio para esperar la salida de mi marido y de los otros tres compañeros. Pero allí no sabían nada.

—¿Cómo os recibieron?

—El director nos recibió muy amablemente e incluso nos felicitó

por la reducción de penas. Al salir del despacho del director coincidimos con el cambio de turno de los funcionarios de prisiones que ya se habían enterado y se acercaban a felicitarnos.

—¿Cómo fueron transcurriendo los acontecimientos?

—Pues, a las cinco de la tarde, poco más o menos, el jefe de la Policía Armada de la entrada nos mandó salir del patio. Con amabilidad pero nervioso dio órdenes para que saliéramos a la calle; el grupo lo componíamos alrededor de treinta o cuarenta personas. No solamente no nos dejaron situarnos en la acera de enfrente, sino que nos obligaban a permanecer lejos, no formando grupos de más de tres personas y nos obligaban a circular. Nosotros estábamos todos muy nerviosos, pendientes de la salida.

—¿Y cuándo se inició la salida?

—Finalmente comenzaron a salir, lo hicieron escalonadamente. Paco fue el primero, poco después de las seis de la tarde. Hay que decir que salió amargado debido a un pequeño incidente que había tenido a cuenta del parte por la televisión, que cuando iba a dar la noticia del fallo del Supremo, un funcionario la mandó quitar cuando todos estaban expectantes.

—¿Qué aspecto ofrecía Paco?

—Paco salió con lo puesto, sin ropa, ya que no le dejaron ir a la galería a despedirse de los compañeros. La salida, en sí misma, fue muy desagradable: sin ropa, sin libros, a duras penas pudieron despedirse del resto de los compañeros de expediente a los que inmediatamente encerraron.

—¿Cómo reaccionaste al ver a tu marido?

—Cuando vi salir a Paco, crucé como una exhalación la calle y casi me atropella un coche. Crucé corriendo. Naturalmente fui la primera en abrazarlo. Pero inmediatamente nos rodearon. Todo el mundo guardaba silencio; nos abrazábamos llorando de alegría; estábamos muy emocionados. En particular, me acuerdo con inmenso afecto de Josefina y de Vicenta Camacho, la mujer y la hermana de Marcelino.



—¿Os fuisteis inmediatamente?

—Naturalmente nos quedamos allí hasta que salieron todos. El que más tardó en salir fue Miguel Angel Zamora. Ya estaba anocheciendo. Luego, los cuatro entraron por la ropa, por los libros y, en fin, por las cosillas que allí tenían.

—¿Cómo te sentías en aquellos momentos?

—Me sentía enormemente cansada y quería que nos fuéramos cuanto antes a casa. La Policía no dejaba de rogarnos que nos disolviéramos. Una vez que nos despedimos nos marchamos a casa de Cristina Almeida, que tan maravillosamente había defendido a Paco. Inmediatamente que llegamos a casa de Cristina llamamos por teléfono a Sevilla, hablamos con la familia, con las mujeres de Soto y Saborido para que oyeran la voz de Paco y también con unos compañeros del taxi que estaban ya allí esperando.

—¿Recibisteis algunas llamadas?

—Poco después sonó el teléfono; era Holgado Mejías de la Redacción de *El Correo de Andalucía*, que le hizo la primera entrevista. Al día siguiente tomábamos el Talgo para

Sevilla. En la estación de Madrid las mujeres de los otros presos nos habían despedido con un ramo muy bonito de claveles rojos, lirios y rosas amarillas.

—¿Cómo fue el recibimiento?

—Al entrar el tren en el andén de la estación de San Bernardo, ya en Sevilla, la gente que nos esperaba empezó a gritar y a aplaudir. Entonces los viajeros comenzaron a preguntarnos que quiénes éramos que así nos recibían. Cuando le explicábamos, todos estaban al tanto del 1.001 y también comenzaron a aplaudir y a abrazarnos.

—¿Y al salir del vagón?

—Cuando salimos del vagón a Paco lo cogieron a hombros y a mí me tiraron a la vía. Había ido mucha gente, por lo menos mil personas, en familia, con sus mujeres y niños. Por supuesto había también mucha policía armada, incluso con cascos, pero todo aquello era una manifestación pacífica, de alegría, y no se produjo el menor incidente.

Al día siguiente, cuando íbamos por la calle, cuando pasaba un microbús o un autobús de Transportes Urbanos, la empresa en la que Paco había estado trabajando, se paraban y comenzaban a tocar el claxon y nos saludaban con enorme alegría.

—¿Cómo rehace su vida Paco?

—Yo no le llamo ni Paco, ni Paquito, yo le llamo Curro. Pues bien, Curro quiere volver a trabajar en su antigua empresa. Los compañeros del Jurado le prometen todo su apoyo y ya veremos qué pasa. Santisteban ya está trabajando en su antigua empresa, en la Babcock Wilcox, de Bilbao.

* * *

Tres mujeres como otras muchas. Mujeres de las que ayer no se hablaba y a las que hoy muchos conocemos. Mujeres que han salido del anonimato sin poderse decir que con ellas llegó y pasó el escándalo.

Sin que sus rostros, sus cuerpos colorean las revistas de moda, posando junto a un jarrón chino, a lo largo de un sofá o al borde de la bañera. Unas mujeres han salido del anonimato. Sí; pero a un precio demasiado costoso.

Miguel Angel AGEA